

# Una lectura socio-cultural de la poesía de Romilio Ribero

[A socio-cultural interpretations  
of Romilio Ribero's poetry]

Aldo Parfeniuk\*

## Resumen

Si hay algo que constituye con fuerza el proyecto artístico de Romilio Ribero, no es otra cosa que la toma de conciencia y el hondo sentimiento de subalternidad, surgidos de la experiencia histórico-personal que le toca vivir en la Capilla del Monte de su infancia y de su primera juventud. Ante un panorama de escasísimos medios y un pasado sin pasado, Ribero toma la decisión de construirse a través de un modelo definido: el de "artista maldito", el de poeta vidente (o visionario) que, si bien ya tiene sus arquetipos ilustres en la tradición de la literatura universal, no los posee en la más próxima (en la criolla). Haciendo virtud de lo que es vicio, carencia, falta, anomalía, desvío, desde su propia intrascendente identidad, Romilio Ribero comienza a producir su propio modelo, que es el del sufriente deslindado, desterrado, exiliado de lo que artísticamente tomará la forma de *paraíso*.

**Palabras clave:** Romilio Ribero. Experiencia personal. Artista maldito. Modelo poético.

## Abstract

What strongly characterizes the artistic project of Romilio Ribero is his awareness and deep feelings of subalternity, submerged in the historico-personal experience he lived in Capilla del Monte in his childhood and early youth.

Confronted with a shortage of means and a past without a past, Ribero made the decision of building himself by using a known model: that of "le poète maudit", the visionary poet who, although found in universal literature, the Creole or local tradition does not possess them. Making vice, shortage, hardship, anomaly, deviation turn into virtue from his own non transcendental identity, Romilio Ribero produces his own model, that of the suffering misfit, the uprooted exiled from what artistically will take the form of *paradise*.

**Key words:** Romilio Ribero. Personal experience. Le poète maudit. Poetic model.

---

\* Es profesor e investigador de la Facultad de Lenguas de la Universidad Nacional de Córdoba.

## Construirse desde la nada

Si hay algo que constituye con fuerza el proyecto artístico de Romilio Ribero (Capilla del Monte, Córdoba, 1933-1974), por consignarlo en una etapa precisa de su corta vida, digamos que antes de cumplir los 25 años, no es otra cosa que la toma de conciencia y el hondo sentimiento de subalternidad, surgidos de la experiencia histórico-personal que le toca vivir en la Capilla del Monte de su infancia y de su primera juventud.

Por más que la gente de Capilla del Monte (para quien el "Tato" Romilio fue y es una suerte de hijo natural del pueblo) tratara de entenderlo con la mayor buena voluntad en su condición de artista autodidacta, hambriento de trascendencia, quien toma clara conciencia de la situación y la problematiza artísticamente es sólo él, entre la mayoría que lo rodea. Son pocos, en efecto, quienes alcanzan a ponerse en su real situación y en el universo imaginario de sus expectativas.

Ante este panorama de escasísimos medios y un pasado sin pasado, del cual prácticamente no hay nada que rescatar y mostrar con orgullo, Romilio tomará la decisión crucial y definitiva: elegirse y construirse a través de un modelo definido. Para el caso, el de "artista maldito", el de poeta vidente (o visionario) que, si bien ya tiene sus arquetipos ilustres en la tradición de la literatura universal, no los posee en la más próxima, en la criolla (y menos en la serrana) de un país, de una nación literaria, que sin esa (o alguna otra) impostación ni lo tomaría en cuenta.

Haciendo virtud de lo que es vicio, carencia, falta, anomalía, desvío (recurso natural del que tiene poco y con ese poco aspira a conseguir mucho; algo que, digamos de paso, responde a la definición de lo táctico en contraste con lo estratégico), desde su propia intrascendente identidad, Romilio comienza a "producirse", es decir, a producir su propio modelo, que es el del sufriente deslindado, desterrado, exiliado de lo que artísticamente -y por decirlo en clave teológica- tomará la forma de *paraíso*: el motivo ya aparece en sus dos primeros libros publicados mientras vivía, para no desaparecer en ninguno de los momentos de su poesía, por así decirlo, que representan los restantes 24 ó 25 libros que Alción Editora está terminando de publicar por estos días, y que conforman la obra poética completa de Romilio Ribero.

Volviendo al paraíso Romiliano: éste no será otro que el generado desde el propio mundo de la infancia, desde ese mundo natal -cruel, al tiempo que generoso en tanto escenario de una vida casi de huérfano; pero proveedor, a su vez, de los recursos necesarios para sobrevivir- que Romilio reconvertirá con la operación antes señalada de usar la fuerza que proviene de la debilidad. El paso del tiempo (medido en los términos vertiginosos que le imprime, transitando velozmente y sin prevenciones de experiencia en experiencia) hará que el micromundo del lar cobre dimensiones grandiosas: sus desprejuiciadas experiencias de adulto, sus cada

vez más frecuentes contactos con la gran ciudad (Córdoba primero, Buenos Aires después) producirán un cambio de perspectiva que, tal como lo irá mostrando la evolución de su poesía, de acuerdo con lo que permiten corroborar los sucesivos libros que se han venido publicando en estos últimos años, hará que ese mundo ideal de los orígenes, ese paraíso del cual él es un desterrado, cobre cada vez mayor fuerza y presencia. Finalmente, y cerrando el círculo de su vida-proyecto, Romilio se reubicará en Capilla del Monte para enfrentarse a la verdad de unos ya seguramente presentidos últimos días. Fechados en Capilla del Monte (1973) y Córdoba (1974), tanto el título como los poemas de *Reino solitario* son más que elocuentes.

El “yo es otro” de la *Carta del vidente de Rimbaud*, como fórmula dominante en el mundo del arte de la época –y más precisamente de la poesía– de nuestro ambiente, será rápidamente incorporado por Romilio a su proyecto: hará emanar a su otro desde su propio apellido, cambiando la v corta de un Rivero demasiado común por esa extraña b larga que aún sigue sorprendiendo a muchos. En los dibujos y poemas anteriores a 1956 –algunos de los cuales, como los que le regalara a su amigo, actor y abogado César Carducci, fechados en 1953, fueron expuestos en diciembre del año pasado en la muestra-homenaje en ocasión del 30 aniversario de su muerte– firma sólo Rivero y, por supuesto, sin rastros del Ramón, que es su primer nombre y que será definitivamente ocupado por el tan original segundo nombre: Romilio.

En la referida muestra-homenaje celebrada en Capilla del Monte, entre el anecdotario y los recuerdos de quienes lo conocieron o trataron, surgieron detalles que ayudan a completar el mapeado de su proyecto artístico.

Allí se habló, por ejemplo –como algo unido al permanente buen humor y al ejercicio que de él hacía Romilio, contagiando a quienes lo acompañaran–, de su capacidad para generar historias diversas, ficticias, en las que progresivamente iba incorporando rasgos y detalles de lo empírico (y viceversa: partiendo de lo empírico para terminar en lo ficticio) hasta convencer en muchos casos a sencillos parroquianos de que su construcción imaginaria tenía existencia real. Por decirlo de otro modo –parafraseando a quienes ya lo dijeron más que bien, como Oscar Wilde o Gabriel García Márquez– Romilio se divertía y practicaba cotidianamente su poética con la intención de mostrar en qué medida la naturaleza, o la “realidad” si se prefiere, imita al arte.

Su poderosa estirpe de fabulador, de mitómano, se completaba con la variante aún creíble en aquellos momentos de la verosimilitud y la vigencia de la figura del poeta-demiurgo, artista-dios, de cuya versión desacralizada da cuenta la reflexión del poeta chileno Jorge Teillier, cuando dice que sólo el poeta es quien “logra que las cosas sean lo que él quiere que sean”.

## El hijo del pueblo

Los esposos Vera (Stella Maris Rodríguez, nativa de Capilla y precoz frecuentadora del grupo de Romilio, y César Vera, nativo de La Rioja pero con bastante tiempo vivido en Capilla del Monte) refieren interesantes y fidedignas historias y anécdotas que permiten reconstruir con certeza buena parte del perfil romiliano, especialmente en algunos de los aspectos que hacen a este interés acotado; a señalar aquí, su mitomanía y la falta absoluta de un reconocimiento de los límites sociales de la "normalidad".

En tales recuerdos, Romilio aparece en todo momento como uno de los contados hijos de Capilla del Monte que integró, junto con el escritor y docente universitario Armando Zárate, el actor César Carducci y el profesor Monir Addur -entre otros- una generación de valores locales que destacó por su inteligencia y talento. De algún modo él comanda una cofradía de cierto relieve intelectual respetada al tiempo que temida en el pueblo; especialmente por parte de los sectores sociales más representativos, que al reconocerlo casi huérfano pero talentoso, por un lado lo estimulan y lo ayudan a estudiar (por ejemplo becándolo para que termine el secundario en La Falda) pero al mismo tiempo le temen en su desprejuiciada y permanente transgresión de formas: muchos evitan ser vistos públicamente en su compañía y, sobre todo, evitan detenerse a escuchar las interminables disquisiciones o recitales espontáneos de Romilio (en su época de plenitud vital se lo recuerda al poeta como un exaltado enunciador de poesía propia y ajena, de cuyo *aura* verbal, o círculo gravitatorio, no resulta fácil, en tanto oyente, escapar. Hay quienes describen la misma situación a través de la figura del poseído, de quien ha entrado en trance verbal). Pero el hecho es que, inclusive a quienes entienden poco de poesía, como los vecinos del pueblo no iniciados ni cultivados en el tema, Romilio -que de algún modo los siente sus compañeros de exilio- les acerca, les muestra, les pone delante esa extraña experiencia de producir, mediante palabras, tanto un encantamiento de las cosas como nuevas realidades; eso es lo que él entiende, y entenderá definitivamente, por poesía. Además Romilio habla y habla, quizás de más, porque lo hace por todos los suyos (las tejedoras, pastores, buscadores de hierbas y piedras preciosas, artesanos, herreros, etcétera) que no pueden hablar. Tal vez Romilio hace también de más (fabulando, transgrediendo permanentemente, no reconociendo límites entre lo que se puede y no se puede hacer) por todo lo que, a él y a los suyos, durante tanto tiempo se les ha hecho y no se les ha permitido hacer.

Esto ya permitiría decir que Romilio es, por ejemplo, un romántico: alguien que no entiende la experiencia de la poesía de otro modo que no sea *viviéndola* (y no *teniéndola*, al modo de una posesión que uno puede acomodar en su *curriculum* o lista de atributos, no sólo porque la adquirió, digamos técnicamente, sino porque puede manejarla y acomodarla a discreción). Inicialmente formado mediante

su precoz e intuitiva experiencia de leer los pocos diarios que llegaban a la Municipalidad de Capilla del Monte, para luego vocear y contar en las salas de los hoteles del pueblo las noticias principales, quedará marcado para el resto de su vida (y de su vida literaria) por esta práctica que une, desde lejos en el tiempo, lo artístico con lo popular. Además, la identificación en un término que se podría definir como de filialidad irrestricta entre Romilio, sus amigos y numerosos vecinos de Capilla del Monte hace que él no entienda muy bien cuáles son los límites entre lo propio y lo ajeno; entre lo que socialmente está permitido y lo que no.

Ilustrando lo dicho, los Vera cuentan de qué modo Romilio y su séquito de seguidores podían irrumpir inesperadamente –por ejemplo a la hora de comer– en cualquier casa de amigos o simples conocidos enarbolando las consignas de la fraternidad y los derechos del artista hijo del pueblo, a los efectos de ser recibido y sustentado, más allá de toda regla que prescriba –insisto– sobre los límites de lo privado.

### El poeta como donante

De modo parecido, el poeta se atrevía a disponer sin prejuicio alguno de cualquier objeto con el que deseara homenajear a quien él consideraba digno merecedor de tal presente. Por ejemplo, se cuenta que a título de regalo, le hizo llegar a León Benarós, en Buenos Aires, una fina silla de estilo que, en realidad, pertenecía al mobiliario del histórico teatro cordobés “Rivera Indarte”, en cuyo altillo Romilio vivió algún tiempo. Sospechando el origen del mueble, Benarós lo devolvió de inmediato. Pero se trataba de acciones que, lejos de intentar perjudicar a alguien, sólo se proponían concretar en los hechos una justicia, digamos, reivindicatoria; al menos de ese mundo ideal dentro del cual Romilio muchas veces se sentía realmente viviendo (tema presente en toda su poesía). Es en tal sentido que Romilio, por ejemplo, podía disponer con total inocencia, sin culpa alguna, de un pañuelo o de una bufanda de alguien que estuviese sentado a su mesa, para depositarlo en manos de quien él consideraba que lo necesitaba más, o simplemente que lo deseaba: las pueriles anécdotas alcanzan para caracterizar su ética (y por extensión su estética) y su funcionamiento social, fundados en un principio de intercambio –Jean Baudrillard (1957; 1968) lo denominará “simbólico” – que en oposición a la lógica de la acumulación del capital aparece como el significado final de la antigua práctica del *potlatch*, (tema sobre el cual aquí no puedo extenderme y que trato más detenidamente en mi libro *Mundo Romilio*, publicado en estos días).

A título de adelanto, solamente consigno aquí que en Romilio dicha negación del principio de propiedad –tan caro a la ideología burguesa– conecta con esa regla de oro del *potlatch*: la destrucción –es decir, la negación– de los bienes materiales y su conversión en bienes simbólicos, pertenecientes a la órbita de lo

espiritual. A esta altura del análisis hay que hablar ya de Romilio Ribero y de su poesía como del poeta en tanto donante y re-encantador del mundo, y de la poesía como la (¿última?) posibilidad de que el lenguaje no pierda definitivamente su aura; temas también tratados con detenimiento en el ya mencionado libro sobre nuestro poeta.

Finalmente, y en cuanto a su ubicación en el mapa de los territorios socio-estéticos, se advertirá (y eso aparece bien marcado en su poesía) que en buena medida la de Romilio es una estética popular, formada no tanto a partir de otras obras como de su propia experiencia; además, por supuesto, de lo ya señalado respecto de su constitución a partir de situaciones de inferioridad, de subalternidad, propias del medio en el cual forjó su proyecto. Subrayo aquí, como otra característica que define ese proyecto, el hecho de que su *arte-acción*, decididamente performativo, habla a las claras de una inescindible continuidad del arte con la vida.

No se encontrará, en este caso, ninguna de las notas propias de la poesía considerada en su época, lo mismo que ahora, moderna o de vanguardia: por ejemplo, el célebre -y celebrado- distanciamiento entre artista y objeto artístico. Por el contrario, lo característico será un protagonismo central, fuerte, del sujeto "creador" (el artista), de igual modo en tanto productor cuanto "usuario", "degustador" o vivenciador -por decirlo de algún modo- de su propia poesía. Centralidad del sujeto que nuestra época reivindica y en ocasiones quizás sobredimensiona, posiblemente con el objetivo de cubrir un lugar cada vez más lleno de vacío, por decirlo remarcando la paradoja.

## Poemas de Romilio Ribero<sup>1</sup>

### Relato del pródigo

*Encuentro que ya nada puede justificar este destierro.  
Tengo que rescatar, no por perdón ni orgullo  
aquellas lejanías, donde la luz disputa su límite mortal a mi memoria.*

*Ahora estoy sin defensa entre estos muros.  
Es inútil cantar, no lejano de mí, sin bandera ni signo.*

*Todo está sin historia.  
A quién debo llamar, en circulares noches extrañísimas,  
por tan triste ciudad, ya condenado a padecer sus días.*

---

<sup>1</sup> Se agradece la autorización de Susana Dávila Sumer de Ribero y de Alción Editora -que publicó la totalidad de la obra poética de R.Ribero- para incluir los tres poemas aquí transcritos.

Encuentro que es inútil danzar, desnudarse, insultar,  
guardarse en ataúdes con tempranas coronas,  
inundar de silencio, de infernales lamentos a la sangre,  
amarse a uno mismo entre espejos, tinieblas, pavorosos otoños con pálidos jardines,  
buscar la compañía de los pájaros en las plazas,  
consolarse con un libro de poesías,  
escribir las epístolas de la soledad a su mortal oscuro,  
relatar esas noches que transcurren entre ruidos de trenes y de mares  
cerca de la ciudad, donde todos están completamente llenos de misterio.

Debo acaso esperar una muerte con mortaja de carteles,  
con números, con rituales señores,  
sin aquel calendario de las lluvias, sin el viejo sagrario,  
sin el fuego que extingue sobre las playas su señal primera?

Encuentro que ya nada puede justificar mi destierro!

Cerca del sur,  
hay un país de jóvenes perfumes, que aún guarda entre sus vientos mi llamado,  
una tierra que gobiernan las estaciones con sus magias  
y los frutos crecen con sus ritos de celestes veranos;  
espléndida de luz, penetrada de cielo,  
una tierra sin luchas ni derrotas, llena de inacabables  
lámparas, de hundimientos, de nieblas, de galopes.

¡Golondrinas, palomas, espigas,  
linares terrestres donde Dios derramaba su mirada:  
Días inmortales de precipitadas campanas y sitiados aromas.

(Aún sigo con mi horror a las ánimas y a las consagraciones  
Escucho entre el asedio de los hombres, entre las muertes diarias  
el sapiente tocar de los cencerros y el viento desgarrado de álamos).

En algunas tardes de este oscuro y cruel Buenos Aires,  
alargo mi mano a las lejanías y siento maderas silvestres, enlutadas aguas  
tiempos con sus caudales de luz, cuerpos de otros seres que tocaron mi rostro  
que huyen hacia regiones de guirnaldas, de arboledas sin fin.

*Encuentro que ya nada puede justificar este destierro  
Se hace noche y día sobre esa tierra de nardos victoriosos  
alucinado y hondo país de amapolas, de pájaros,  
con sus muertos que abisman mi memoria en tan remoto fuego.*

*Aún sigo como el pródigo perdido que ha grabado su nombre en las arenas  
y piensa regresar un día, con sus labios nocturnos en el viento.*

De: Tema del deslindado (1961)

### **Flora**

*Hay tiempo para los arrepentimientos  
y tiempo para el perdón*

*Pero el pecado es un desafío  
imborrable como el tiempo  
que empaña la dulzura extraña de la muerte o de la vida.*

*Sé que no soy una diosa que abdica de su ley.  
No tengo súplicas  
sino para llamar a las tormentas  
a los fríos vientos  
que castigan las hojas  
a los granizos que destruyen  
a la falta de sal en el desierto.*

*Sé que nadie podrá apartar  
ésta, mi ley divina  
de separar y componer  
un solo cuerpo  
con la misericordia  
y la justicia  
de otro perdón.*

*He sido alfarera, amortajadora de muertos  
tejedora y partera reina;  
con el inflexible rigor  
de mi oficio*



*donde los que sembraron la corrupción  
eran los que vendían sus cuerpos.*

*Ningún dios me obligó  
a no poseer lo merecido  
he sufrido el dolor de ser mí misma  
para entregarme a la ceguera  
de utilizar una carta  
para abrir la puerta del malvado destino.*

*Unas tijeras para que  
la desesperación huya del desafortunado.  
Unas hojas de ruda macho para  
la parición de la indolente.*

*Un círculo he trazado de ceniza  
para relacionar  
el intercambio de lo que  
muere y sobrevive.*

*Ahora los animales acompañan mi siesta.  
adoradores y seguidores cuentan  
mi extraña conducta.*

*Asumo el nombre de la otra  
la Dominadora: Flora Toledo.*

De: *Las otras mujeres* (1961)

(Según refiere Susana Dávila Sumer de Ribero, viuda y albacea del poeta, Doña Flora Toledo, asistió el nacimiento de Romilio Ribero, conoció su niñez y relató que el autor nace a las 8 horas del 9 de julio de 1933 -nevando- en Capilla del Monte. En el mes de julio de 1959 asiste a la muerte de la madre del poeta, Doña Seledonia Ribero, en el mismo lugar donde Romilio naciera).

### **El músico**

*...Para que puedas volver a la región de las tardes llenas de  
palomas  
y si no tienes mapa, recuerdes a los mares del retorno,  
y si no existe luz, se enciendan las lámparas sepultadas que hoy se  
oxidan en las arenas,*

te guiaré con mi flauta y cuando venga la noche a cegarnos  
con mi cuerpo inmortal te guardaré.

Y cuando amanezca en la aldea, convocaré a las mujeres que  
bailan con las serpientes,  
a los hombres que destilan aceites vegetales y que tallan los  
ídolos  
y a los adolescentes que se bañan desnudos en el mar  
para que te traigan jofainas de suaves lavandas,  
uvas color de hierro, aves rarísimas que hablan  
y para que suelten canastos de mariposas que volarán siguiéndonos  
por el mundo.

Yo seré tu guía. Conozco los caminos del cielo y las mutaciones  
oraculares.  
Estuve en Horeb, lugar donde se juntan los cadáveres de todas las  
aves  
y vi cerca del Nilo el barco celeste de Gravodar y tracé un  
mapamundi de las patrias del oro, de las hierbas y de las  
estrellas.  
Contigo iré por estos desiertos donde la arena canta por tres días  
y después nos devora.  
Iré contigo y cuando lleguemos a la región de las aves,  
victoriosamente las mujeres traerán palmas de mieles,  
esencias salobres  
y nos darán un lugar de felicidad.

Y juntaremos, te aseguro, plantas muy raras que tienen sus flores  
de espumas,  
y dormiremos con animales también extraños, capaces de toda  
transformación,  
guardando en los salinos cuerpos una tela de luz que tañerá en las  
fragancias del poniente,  
y haciendo de nuestras manos cofres que se llenarán de otros  
sueños.

Para que puedas volver a la región de las tardes llenas de palomas  
yo te consolaré y te hundiré en mi pecho y alzaré mi plegaria  
para ti.

De: El paraíso destronado